

EL PROFETA EZEQUIEL

1. Ruptura definitiva con el pasado

Jeremías había anunciado el fin de la alianza pactada en el Sinaí y de todo lo que constituía el antiguo Israel: la dinastía davídica, la ciudad santa, el templo. Sin embargo, más allá de esa muerte vislumbraba la aurora de la resurrección, una nueva alianza fundada en la adhesión del corazón del hombre. Pero, lo mismo que Moisés, condenado a no contemplar más que desde el monte Nebo aquella tierra de Canaán en la que no lograría entrar, Jeremías tampoco fue admitido a ver realizada la promesa. Tan sólo los desterrados de Babilonia serían los hombres del porvenir: Jeremías lo había afirmado en varias ocasiones.

El seguiría al lado de Sedecías en la Jerusalén condenada, y acabaría finalmente sus días en Egipto con aquella porción del pueblo que él había declarado perdida sin remedio; no se separaría del mundo de pecado cuya ruina había predicho. La perspectiva de la nueva alianza podía hacer creer que se estaba en vísperas de su establecimiento; la experiencia personal del profeta ¿no hacía presentir la del mesías?

Pero lo que nació de las tinieblas del 587 no fue el evangelio, sino *el judaísmo*. Y esto se explica fácilmente: todavía eran necesarios cinco siglos de lenta maduración para que el mensaje de Jeremías pudiera encontrar su realización perfecta. Un pueblo de Dios, diferente del antiguo Israel, era el que iba a constituirse, pero ese pueblo no sería más que un bosquejo del ideal entrevisto. Se tratará de una etapa transitoria, que dará a los sabios tiempo suficiente para ir preparando las conciencias para acceder a la religión «en espíritu y en verdad».

Del destierro, en donde va a renacer Israel, surgirá un profeta, cuya misión será, no ya la de realizar el mensaje de Jeremías, sino la de adaptarlo a la vida concreta e inmediata. Este profeta será un sacerdote, deportado en Babilonia después del 598. En Ezequiel podemos saludar al padre del judaísmo y al iniciador de una economía que, a pesar de su novedad, no será más que una economía de espera.

Su primera tarea consistió en orientar definitivamente hacia el futuro los espíritus de los deportados. En efecto, era menester superar la tentación de mirar hacia atrás, hacia aquella Jerusalén en donde, tras el asedio del 598 y la primera deportación, seguía reinando Sedecías con una administración sin experiencia -el país había quedado decapitado en sus dirigentes- sobre un pueblo singularmente debilitado.

Por muy pequeñas que fueran las esperanzas de librarse del dominio de Nabucodonosor, no faltaban patriotas obstinados en esperar contra toda esperanza el restablecimiento del reino de David en toda su gloria de antaño. ¿Quién mejor que la aristocracia del antiguo régimen podía albergar semejantes ilusiones? Entre los desterrados, a pesar de las advertencias de Jeremías, se corrían las noticias más fantásticas; y los espíritus, siempre dispuestos a agarrarse a un clavo ardiendo que pudiera librarles de la desesperación, las acogían con avidez, a fin de no tener que rendirse a la evidencia de los hechos.

No tiene que extrañarnos esta obcecación: ¿no creían firmemente los prisioneros de los «stalags», en junio de 1940, la tarde del armisticio, que la guerra iba a acabar enseguida con la victoria de los aliados? Para que se vinieran abajo sus esperanzas, se necesitó nada menos que la llegada masiva de nuevos prisioneros. Eso fue exactamente lo que ocurrió en Babilonia cuando llegó aquel fugitivo trayéndoles la fatal noticia de la caída de Jerusalén (24, 26-27 y 33, 22). Sólo aquel testigo ocular pudo disipar las quimeras que mantenía en su imaginación el pueblo vencido.

Ezequiel, como todos los profetas, tuvo pues que luchar contra la corriente que arrastraba a sus contemporáneos, contra las energías coaligadas de una nación que no quería morir. Por otra parte, lo mismo que Jeremías, estaba resuelto a hacerles frente; como él, se vio revestido de la fuerza de Yahvé: «Mira, yo te doy un rostro duro como su rostro, una frente dura como la suya; he hecho tu frente dura como el diamante, más dura que la roca.

No les temas ni te asustes de ellos. Son una raza de rebeldes» (3, 8-9).

Esta asistencia de Yahvé era lo que más necesitaba, ya que, en medio de la exaltación patriótica del pueblo destruido, él no podía menos de presentarse, lo mismo que Jeremías, como un traidor y un derrotista, al predicar la ruptura con el pasado. Pero además experimentaba otra dificultad que no había conocido, al menos en la primera parte de su ministerio, el profeta de Anatot. Este, lo mismo que sus predecesores, a pesar de reconocer que no pertenecía al cuerpo de profetas profesionales, utilizaba las mismas fórmulas que ellos, intervenía en el santuario durante las solemnidades litúrgicas en muchas ocasiones, se dirigía a las grandes asambleas populares.

Pero aquí, lejos del templo de la divinidad, ¿cómo y con qué signo iba a reconocer Ezequiel el origen divino de su mensaje? ¿Era posible, y hasta imaginable, una comunicación del Dios de Israel fuera de su tierra de Palestina? Lo que va a atraer la atención de los desterrados sobre Ezequiel son los fenómenos extraordinarios que acompañan a su actividad, el carácter tan original de su vida. Su parálisis, su mutismo, sus desvanecimientos, todas aquellas manifestaciones extrañas aparecen como providenciales; ellas convencerán a su auditorio de que posee el espíritu de Yahvé:

«El espíritu me levantó y me arrebató;
iba yo amargado, con el ánimo lleno de excitación,
mientras la mano de Yahvé pesaba fuertemente sobre mí» (3, 14).

En efecto, se pensaba que las enfermedades, y sobre todo las perturbaciones psíquicas, se debían a la acción de algún *daimón*. Los diversos accidentes del profeta, e incluso el carácter extraño de su comportamiento habitual, iban entonces dirigidos a impresionar a su entorno y a dictarle un silencio reverencial.

De hecho, vemos cómo los ancianos se reúnen en su casa y solicitan sus consejos, prueba de que vislumbran en él la presencia de una fuerza misteriosa y de que lo creen impregnado del Espíritu de Yahvé. Le escuchan pues atentamente y hablan de él a los demás; su «caso» llama la atención de todos los judíos dispersos en Babilonia; y de ciudad en ciudad se comunica el relato de sus visiones y de sus oráculos. Aunque lejos del templo, Ezequiel encuentra así su acreditación.

Así, pues, el profeta se pone a destruir, una tras otra, todas las ilusiones que podrían poner trabas a su misión constructiva.

En primer lugar, *la ciudad*, esa ciudad que es inútil nombrar; ¿acaso no está en los sueños de todos? Recordemos aquel grito conmovedor del salmista:

«¡Oh Jerusalén, si yo de ti me olvido,
que se me olvide mi diestra!
¡Mi lengua se me pegue al paladar
si pierdo tu recuerdo!» (Sal 137, 5-6).

Pues bien, he aquí que, después de haber vacilado en marchar contra Jerusalén, o bien contra la capital de los amonitas, Nabucodonosor decide, bajo un aviso divino, atacar a la plaza fuerte de Judá (21, 24-27). Es la ruina segura.

Sentado sin duda en un rincón del camino, Ezequiel imita en un mimo las operaciones de asedio:
«Toma un ladrillo, ponlo delante de ti y traza en él una ciudad, Jerusalén...;
toma una sartén de hierro y colócala como muro de hierro entre ti y la ciudad...
Sea esto una señal para la casa de Israel» (4,1-3).

A la manera de los habitantes de una ciudad atacada, él «mide» su escasa ración de agua y su trozo de pan (4, 9-11). De este modo se muestra claramente a los ojos de todos la suerte de Jerusalén:
«Mira, voy a retirar de Jerusalén los víveres; comerán el pan a peso y beberán el agua a medida y con angustia, para que, al faltar el pan y el agua, desfallezca cada uno junto a su hermano y se consuman en su iniquidad» (4, 16-17).

En cuanto a la salida de la prueba, el profeta no la indica con menor evidencia. Con la navaja de un barbero se corta los cabellos y hace con ellos tres partes: una para el fuego, otra para la espada y la última para el viento:
«Un tercio de tus habitantes morirá de peste y se consumirá de hambre...
otro tercio caerá a cuchillo... y el otro lo esparciré yo a todos los vientos,
desenvainando detrás de él la espada» (5, 12).

En segundo lugar, la *dinastía davídica*. Es totalmente inútil esperar en su permanencia. Sedecías puede ciertamente pregonar su confianza, trabajar en sus combinaciones diplomáticas, reanudar contra el vencedor las viejas coaliciones; pero todo eso no es más que la continuación de los viejos errores que olvida pronto un pueblo de corta memoria. Por otra parte, ¿quién es ese príncipe que ha instalado Nabucodonosor en el trono de David en lugar de su sobrino Jeconías? Ezequiel no quiere ver en él a un rey legítimo: la dinastía ha cesado de vivir desde que Jeconías está en el destierro.

Además, criatura del rey de Babilonia, Sedecías no podría, sin un perjurio, romper la alianza que le liga, no ya con Yahvé, como a sus predecesores, sino con el monarca del Eufrates;
«En el país del rey que le había dado el trono, cuyo juramento ha despreciado
y cuya alianza ha roto, allí, en Babilonia, morirá» (17, 16).

Por consiguiente, aunque pretenda gobernar el país como sucesor auténtico de David, no se librará de la suerte de toda la nación condenada, ni de la de su hermano Joacaz que, después de la muerte de Josías, fue desterrado a Egipto (19, 5-9). Una tarde, Ezequiel prepara su equipaje, abre un agujero en la pared de tierra (estamos en Babilonia) de su casa y sale en medio de la noche:
«Yo soy un símbolo para vosotros: *como he hecho yo*, así tendréis que hacer vosotros. Seréis deportados, iréis al destierro. Hasta el rey, que se sienta en medio de ellos, se cargará el equipo a las espaldas, saldrá en la oscuridad de la noche por un abrecha que abrirán en el muro para sacarlo fuera y se tapaná la cara para no ver su país con sus propios ojos» (12, 11-12).

Finalmente, *el templo*. Aquel templo a cuyo alrededor cristalizan todas las ilusiones; aquel templo, cuya inviolabilidad, afirmada por Isaías, había sido negada por Jeremías, pero en donde residía la gloria de

Yahvé que, mientras permaneciera por encima de Sión, mantendría en vida a Israel. A la sombra de la protección divina, ¿no se siente acaso seguro Israel?

«Ellos dicen: ¿Acaso no se han construido en poco tiempo las casas de la ciudad? ¡Ella es la olla, nosotros somos la carne!» (11, 3).

Pues bien, una vez que estaba sentado en medio de los ancianos de Israel, aquella élite dispersa en Babilonia, Ezequiel cae en éxtasis. Arrebatado en espíritu, atraviesa fronteras y países y llega por el norte -camino clásico de las invasiones- a la casa de Yahvé. Franquea sus puertas y pasa a través de sus muros. Allí percibe con horror cómo se sacrifica ante ídolos monstruosos y cómo las mujeres lloran sentadas a Tamuz, lo mismo que hacen las mujeres de Babilonia. El templo ha sido profanado; Yahvé entonces deja su santuario. Echado por el pecado de Israel, se retira por la puerta de oriente:

«Y la gloria de Yahvé se elevó, salió de la ciudad y fue a detenerse sobre el monte que está al oriente de ella» (11, 23).

Vuelto en sí, el profeta cuenta su visión a quienes le rodean (11, 25). Ya no hay nada que esperar del templo, que ha quedado vacío de la gloria de Yahvé. Apartando los ojos de un pasado envuelto en sombras de muerte, los desterrados no tendrán siquiera el amargo consuelo de llorar sobre lo que fue el orgullo de su grandeza, la alegría de sus ojos, la pasión de sus almas (24, 21-23).

Efectivamente, al morir su mujer, el profeta recibe la prohibición de llevar luto por ella: un gesto más que no debía dejar de llamar la atención sobre él. Por otra parte, lo comenta él mismo, para que nadie se engañe:

«Habéis de hacer como he hecho yo: no os cubriréis k barba, no comeréis pan de luto. Llevaréis vuestro turbante a la cabeza y las sandalias en los pies; no os lamentaréis ni lloraréis» (24, 22-23).

Ese mundo totalmente corrompido, del que no ha de salvarse nada, no merece ni un gesto de despedida ni una palabra de compasión.

La *olla* donde los judíos se consideraban seguros está consumida por la herrumbre:

«Se ponga al rojo el cobre
y se funda dentro de ella su suciedad,
se consuma su herrumbre.

Mas no desaparece de ella su enorme herrumbre...

No serás, pues, purificada
hasta que yo no descargue sobre ti mi furor» (24, 11-13).

Una maldición perfectamente justificada por aquella suciedad del país, imposible de borrar; la sangre derramada no ha sido recubierta y grita venganza; todo está profanado por un amontonamiento de cadáveres hasta en los patios del templo (9, 7). Es preciso que quede vacío el suelo impuro, que las montañas, las colinas y los valles vomiten a sus habitantes.

Ultimo profeta de desgracias, Ezequiel barre el pasado antes de ponerse a abrir perspectivas de restauración, de las que se alimentará en adelante el pensamiento israelita. Los judíos que se quedaron en el país repiten en vano:

«Uno solo era Abrahán
y obtuvo el país en herencia,
¡cuánto más nosotros, que somos muchos,
seremos dueños del país!» (33, 24).

Nada de lo que queda allí abajo será restaurado; sólo sobre sus escombros es como Yahvé volverá a construir. Y en la reconstrucción no utilizará más que materiales nuevos.

Conviene observar cómo *cada nueva etapa de la vida espiritual está exigiendo una ruptura absoluta con el pasado*, y cómo esta ruptura no tolera lágrimas ni despedidas. La mano de Dios conduce hacia un porvenir que tiene la característica constante de ser nuevo.

Abrahán deja para siempre su país para entrar en el de la promesa. Los discípulos de Jesús lo dejan todo para seguir al maestro. Y Saulo, el fariseo intransigente, recomienza su vida para convertirse en apóstol de aquél a quien perseguía:

«Nadie que ponga la mano en el arado y mire atrás, es apto para el reino de Dios» (Le 9, 62).

2. Un esbozo del mundo nuevo

El encarnizamiento que pone Ezequiel en destruir todas las ilusiones de los desterrados se explica por la misión positiva que ha recibido: la de esbozar con ellos un mundo nuevo. So pena de traicionar sus responsabilidades actuales, no tenía más remedio que mirar hacia adelante.

Pero los judíos de Babilonia, cuyas miradas estaba encargado de apartar de un pasado ya abolido, ¿no sentían la tentación de creerse separados de la religión de Israel y de sus leyes, de desaparecer, ahora que estaban relegados, lejos de la tierra de Yahvé, en un suelo impuro, en aquel mundo extraño en que habían sido colocados, lo mismo que había ocurrido un siglo y medio antes con las otras diez tribus, después de la caída de Samaría?

Es precisamente contra esta rendición tan desesperada contra lo que reacciona el profeta. Cuando vienen a consultarle los ancianos, responde enérgicamente:

«Cuando andáis diciendo: 'Seremos como las gentes, como los pueblos de

• otros países, adoradores de leño y piedra', os juro -dice el Señor Yahvé- que *seré yo* quien venga sobre vosotros con mano fuerte y brazo extendido, desencadenando mi furor» (20, 32-33).

Por eso, ¡ay de los que se abandonen a la idolatría de otros pueblos! (14,1-11). No solamente los desterrados no se han librado de la mano de Yahvé, sino que siguen estando sometidos a él más que todos los demás; ¿acaso no son ellos, de hecho, el único verdadero Israel? ¿No es sobre ellos sobre los que quiere fundar Yahvé la restauración del pueblo santo?

Esta restauración que se propone a los desterrados toma como punto de partida las perspectivas de la nueva alianza, tal como lo había entrevisto Jeremías.

Este último había constatado -descubrimiento fundamental- la corrupción radical del antiguo Israel, una corrupción que databa de los primeros tiempos. Ezequiel afirma a su vez:

«Tus orígenes y tu nacimiento

proceden de la tierra de los cananeos;

tu padre fue un amorreo y tu madre una hitita» (16, 3).

Como Jeremías, Ezequiel, al mismo tiempo que toma conciencia del pecado radical de Israel, tiene el presentimiento de la gracia divina. Yahvé va a modelarse personalmente corazones capaces de obedecerle y abiertos a su Espíritu:

«Os daré un corazón nuevo.

Quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra

y os daré un corazón de carne.

Infundiré mi Espíritu en vosotros
y haré que viváis según mis preceptos,
observando y guardando mis leyes» (36, 26-27).

Y también como Jeremías, Ezequiel admite que, puesto que la ley está ya escrita en lo más profundo del alma, la religión se hará necesariamente personal e interior; que cada uno será incluso capaz de encontrar a Dios en su corazón y será responsable de su propia fidelidad. Y Yahvé concluye:
«Pero si su corazón va tras los ídolos
y todas sus prácticas abominables,
yo haré recaer su conducta sobre su cabeza» (11, 21).

Hay entre los dos profetas una semejanza evidente. Pero se detiene aquí. El sueño de Jeremías está muy cerca del evangelio, mientras que el esbozo que ya a trazar Ezequiel no es más que un plano rudimentario e imperfectamente fiel a su modelo. Jeremías ha visto más lejos que Ezequiel y su visión es más pura. Esto se debe, sin duda, a que el profeta de Anatot, a diferencia de su sucesor, no tuvo que poner sus manos en la reconstrucción. El teórico está siempre mejor situado que el realizador, para librar de todo compromiso a su doctrina.

Además, antes de que la religión de Israel pudiera llegar a ser una religión «en espíritu y en verdad», el pensamiento judío, como hemos dicho, tenía necesidad de madurar, de crecer, lo mismo que ocurre con todo en el mundo. Aguardando a que todo estuviera dispuesto para la instauración de una nueva alianza ampliada a las dimensiones de la humanidad entera, convenía crear un equilibrio de transición, en donde la religión personal quedara esbozada dentro de un cuadro provisional. En resumen, Jeremías no va más allá de la etapa de las promesas, mientras que con Ezequiel se hace actual la economía nueva; esa economía vale ya ahora, durante el destierro, a las orillas del Eufrates.

El juicio de Yahvé no se ejercerá en Babilonia lo mismo que en Sión. Naturalmente, el escriba vestido de lino, encargado de la venganza divina, tenía que dejar en paz a los hijos de Israel que gimieran por las abominaciones perpetradas en el templo (9, 4); pero Ezequiel piensa más bien que los justos no se verán libres del castigo en la antigua Jerusalén; la condenación caerá indistintamente sobre todos los que se encuentran en ella:
«Así habla el Señor: Aquí estoy contra ti; sacaré la espada de la vaina y
mataré en ti al justo y al malvado» (21, 8).

Los desterrados, por el contrario, ya que de ellos es de donde nacerá el pueblo nuevo, no serán condenados ni rechazados por causa del pecado de la comunidad, del pecado de sus padres. Yahvé les hace incluso tomar conciencia de su misión: en sus manos está la salvación, que está subordinada a su propia justicia:
«Pues todas las vidas son mías,
la vida del padre lo mismo que la vida del hijo;
quien peque es el que morirá» (18, 4).

Cada uno ha de asumir, por tanto, su propia responsabilidad; no hay nadie que pueda responder de la salvación de los demás. Noé, Daniel, Job, los justos por excelencia, no podrían con su justicia más que salvarse a sí mismos; no expiarán ni por el país, ni incluso por sus hijos e hijas (14, 13-20).

La actividad del profeta, ante el hecho de esta economía de la salvación, toma una nueva dirección: el heraldo de Dios no es ya el encargado de fustigar las faltas de un pueblo, sino de mostrar a cada uno el camino que tiene que seguir.

Entretanto, Ezequiel no tenía ya la posibilidad de dirigirse al conjunto de la colectividad; en Babilonia, no podía llegar más que a algunos elementos dispersos y aislados. Oseas era el vigía de Israel entero; Ezequiel es el centinela que vela por cada uno. Por otra parte, tiene la obligación de hacerlo así; si falla, Yahvé le advierte:

«El, como impío, morirá por su culpa,
pero de su sangre te pediré cuentas a ti» (3,18; 33, 8).

Si, por el contrario, reprende al malvado y éste no cambia de conducta, el profeta salvará su vida (33, 9). Así, pues, la conversión es una obra personal:

«Vivo yo -afirma Yahvé-,
que no me complazco en la muerte del impío,
sino en que se convierta de su conducta y viva» (33, 11).

Es la actitud última del hombre la que decide de su salvación o de su perdición, de su vida o de su muerte: «Si el justo se desvía de su justicia y comete iniquidad, por ella morirá. Y si el impío se convierte de su impiedad y practica lo que es recto y justo, por ello vivirá» (33, 18-19).

Analizando todos los casos posibles. Ezequiel se esfuerza en darle al principio de la retribución todo el rigor posible. Como todos los judíos de su época, él no ve más allá de los horizontes terrenos; para él, como para ellos, la justicia divina sólo se ejerce aquí abajo. Por tanto, no podía evitar la conclusión de que la felicidad está ligada a la justicia y la desgracia a la impiedad.

Pero, trasponiendo al plano individual lo que se aplicaba al pueblo, a saber, que para vivir es preciso obedecer, planteaba sin saberlo un problema nuevo que habría de presentarse como de los más graves; en efecto, no podía menos de resultar peligroso hacer pasar las esperanzas de Israel del terreno colectivo al terreno personal.

La trasposición resultará muy difícil y ofrecerá un amplio material a la reflexión de los sabios. La elocuente protesta de Job pesará duramente en el debate. En este punto, Ezequiel no nos ofrece más que una imagen imperfecta de lo que ha de ser una religión personal.

Otra dificultad, quizás más grave todavía, se debe al hecho de que Ezequiel, a pesar de reconocer la necesidad de una religión interior, no consigue liberarse de la creencia de que, fuera de un santuario, no es posible una presencia divina.

Jeremías había descubierto que era posible orar a Yahvé fuera de su templo. Su experiencia podía y debía servir de ejemplo a los desterrados; en adelante, les sería posible entrar en comunicación con Dios lejos de su tierra de Palestina. Jeremías se lo había escrito a los deportados; Ezequiel se lo repite a su vez, en nombre de Yahvé, pero añadiendo unas palabras muy significativas:

«Sí, yo los he alejado entre las naciones,
los he dispersado por tierras extrañas;
pero yo mismo he sido un *santuario* para ellos,
durante el *breve tiempo* en que estuvieron desterrados
en *esos países*» (11, 16).

Así, mientras que Jeremías no tiene en cuenta para nada al templo, Ezequiel sigue pensando en un templo, no ya en el antiguo que será destruido, sino en otro que volverá a edificarse después de la prueba y, entretanto, en un «sustitutivo» del templo, propuesto de momento a los desterrados.

Evidentemente, la experiencia religiosa, por muy personal que sea, no puede ser anárquica; la mano de Dios reúne a los hombres al mismo tiempo que aferra a cada uno. Pero, al no haberse centrado en el ideal presentido por Jeremías, sin una experiencia puramente espiritual como la que realizaría Jesús, el judaísmo no tendrá más remedio que agruparse en torno a la antigua estructura nacional, dispuesto a retocarla y a adaptarla, para poder alcanzar a los fieles de la diáspora. Ezequiel no abandona, por consiguiente, la idea del templo, sino que la reajusta a las nuevas exigencias de la vida religiosa. Para comprender este retroceso del pensamiento de Ezequiel sobre el de Jeremías, así como su originalidad, no hemos de perder de vista la significación del templo en la vida religiosa de Israel.

Isaías nos había mostrado en Yahvé al Dios del cielo, que tiene su trono real por encima de Jerusalén. Desde su trono ejercía una vigilancia amorosa y celosa sobre todo lo que ocurría en Palestina. Pero, como todos los dioses uranios, Yahvé poseía en la tierra un lugar donde posaba sus pies, concretizando así su presencia entre los suyos. Ese lugar era el templo. El templo y el cielo eran dos realidades que se apelaban mutuamente, respondiendo las dos al nombre de «santuario de Yahvé». En otras palabras, el templo es el cielo que se abaja para tocar la tierra. El arca es el pedestal de Yahvé y evoca el firmamento, trono celestial de su divinidad. Finalmente, los querubines y todo lo que rodea el arca simbolizan las nubes y el rayo, atributos celestiales de Yahvé.

Ezequiel concibe las cosas de la misma manera. En la famosa visión con que se abre su libro, Yahvé avanza sobre el arca, toda de zafiro como el firmamento, mientras que brotan resplandores de los carbones ardientes y los animales o querubines rugen como el trueno: «En medio de estos cuatro seres se veían como brasas incandescentes a modo de antorchas que se agitaban de acá para allá entre ellos. Resplandecían al fuego, y del fuego se desprendían fulgores» (1, 13).

«Sentí el rumor de las alas... mientras (los animales) se movían, como un ruido de tempestad» (1, 24).

«Y por encima del firmamento que se extendía sobre sus cabezas apareció como una piedra de zafiro..., y en esta especie de trono, una figura de aspecto semejante al de un hombre» (1, 26).

Para el profeta, Yahvé sigue siendo el Dios uranio que rebaja el firmamento, su trono, hasta llegar a la tierra, a fin de afirmar su presencia entre los hombres. Y en ese lugar de elección es donde pondrá la planta de sus pies (43, 7).

Concepción tradicional que, sin embargo, tiene que adaptarse a una realidad nueva: Israel no está ahora agrupado en su tierra, sino disperso por el destierro. Y es precisamente hacia ese pueblo diseminado hacia el que Dios del Sinaí dirige su mirada.

Aquí es donde va a ampliarse la representación del cielo, sede de Yahvé: ese cielo no cubrirá solamente el territorio de Judá, sino todas las partes del mundo habitadas por los hijos de Israel. Así, desde el firmamento, Dios rebajará su gloria por todos los sitios en que se encuentren. Así es como, poco después de Ezequiel, los relatos sacerdotales del Éxodo dirán cómo esa gloria bajaba al desierto, en cada uno de

los lugares en donde reposaba el arca. Mientras que Isaías no había contemplado a Yahvé más que en su santuario de Sión, Ezequiel ve venir ese templo a las orillas del Quebar (1, 3), en medio de los cautivos, que no se verán así privados de su presencia.

La novedad del mensaje de Ezequiel reside, por consiguiente, en el hecho de que *la gloria de Yahvé*, que llena la inmensidad del cielo, *puede descender simultáneamente a todos los lugares* en donde reside Israel. Tal es, en efecto, el sentido profundo de la visión inaugural del profeta.

Esta movilidad del trono de Yahvé explica la multiplicidad de detalles con que Ezequiel sobrecarga su descripción. Bajo los animales que soportan el trono, unas ruedas -símbolo elocuente - avanzan en todos los sentidos, según las mueve el Espíritu:

«Hacia donde las impulsaba el Espíritu, iban las ruedas y también se elevaban» (1, 20).

Llevada de este modo por una carroza ambulante, la gloria de Yahvé deja su templo, para retirarse finalmente al monte de los olivos:

«Los querubines alzaron entonces sus alas y las ruedas se pusieron en movimiento al mismo tiempo que ellos, mientras la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos, en lo alto. Y la gloria de Yahvé se elevó, salió de la ciudad y fue a detenerse sobre el monte que está al oriente de ella» (11, 22-23).

A pesar de su movilidad, la gloria de Yahvé conserva, sin embargo, como lugar normal de su presencia, el templo de Jerusalén. Efectivamente, tan sólo es para algún tiempo un santuario entre los deportados. Si Yahvé ha dejado su residencia, es porque no podía quedarse en un lugar profanado; pero en el momento del retorno, cuando sea reconstruido el templo con piedras nuevas, entrará triunfalmente en él por aquella puerta oriental que se abría quizás para las antiguas procesiones del Dios-rey (43, 4). De este modo, Yahvé volverá al lugar en donde lo había visto entronizado Isaías. A diferencia de Isaías, Ezequiel evita hablar de Yahvé-rey; no cabe duda de que este nombre traía malos recuerdos, aunque sólo fuera el del sacrificio de los primogénitos. Además, la realeza de Yahvé ¿no exigiría una restauración de la monarquía davídica, con todos sus privilegios? Pues bien, el profeta no quiere ya a ningún rey en el centro del nuevo Israel; le basta con un príncipe, guardián de la justicia, a quien habrá que conceder algunos derechos de presidencia, pero que seguirá siendo *primus inter pares* entre los demás y no recibirá ninguna consagración religiosa. Efectivamente, el nuevo Israel no será una repetición del antiguo. Si no puede presentarse como una pura experiencia espiritual, al menos se esforzará por acusar su carácter teocrático. Ezequiel prefiere el título *de pastor* más que el de rey; tradicional en Babilonia, parece estar más en la línea de su mensaje: Yahvé, una vez abandonado su templo, ¿no irá a buscar por todo el universo a sus fieles para reunirlos de nuevo en su montaña santa?

«Como un pastor pasa revista a su ganado, cuando se encuentra entre su grey dispersa, así pasaré yo revista a mis ovejas y las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y tinieblas... Las apacentaré por los montes de Israel, por los valles y en todos los lugares habitados del país. Las apacentaré en pastos escogidos; su majada estará en los montes altos de Israel» (34, 12-14).

Con sus ovejas, Yahvé volverá a recorrer las montañas de Palestina, definitivamente limpias de todas las antiguas abominaciones:

«Multiplicaré en medio de vosotros a los hombres, toda la casa de Israel. Las ciudades serán repobladas y resurgirán las ruinas. Multiplicaré en vosotros los hombres y los animales; serán numerosos y fecundos» (36, 10-11).

Entonces comenzará la era de paz y de armonía universales cantada por los salmistas y soñada por los profetas, para la llegada final del rey Yahvé:

«Yo, Yahvé, seré su Dios y mi siervo David será príncipe en medio de ellos. Yo, Yahvé, he hablado. Concertaré con ellos un pacto de paz y exterminaré del país las bestias feroces; morarán tranquilos hasta en el desierto... Los asentaré en torno a mi colina. Mandaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición» (34, 24-26).

Y quedará además restablecida la unidad del hombre con su tierra, ya que el hombre habrá recobrado la unidad con su Dios:

«Habitaréis entonces en la tierra que di a vuestros padres; seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios... Llamaré al trigo, lo multiplicaré... Haré que los árboles den en abundancia sus frutos y el campo sus productos» (36, 28-30).

El mensaje de Ezequiel, bajo ciertos aspectos, es tan radical como el de Jeremías; lo mismo que su predecesor, hace tabla rasa del pasado. No se trata de remendar, sino de *recrear*. Tal es el sentido de la famosa visión de los huesos que el Espíritu viene de nuevo a cubrir de carne y a animar:

«Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel... Mirad, yo abriré vuestras tumbas, os haré salir de vuestros sepulcros... Infundiré en vosotros mi espíritu y reviviréis; y os estableceré en vuestro suelo» (37, 11-14).

En donde reinaba la muerte, allí traerá de nuevo la vida la fuente que mana del templo:

«Estas aguas que se deslizan hacia la región oriental bajan a la estepa y desembocan en el mar, en el agua salada, que queda saneada. Por donde quiera que pase este río, todo ser viviente que en él se mueva vivirá..., porque donde llegan estas aguas, todo queda saneado; la vida prosperará donde llegue este río» (47, 8-9).

Pero donde no pasen estas aguas, todo será muerte:

«Sus marismas y sus lagunas no serán saneadas; serán abandonadas a la sal» (47, 11).

Por el contrario, la realización que propone el profeta del destierro está muy lejos del ideal de Jeremías. Si es verdad que Ezequiel recoge de la religión interior de este último la idea de que la mano de Dios se extenderá sobre todos los israelitas dispersos, piensa que la reunión de todos ellos se realizará alrededor de un centro material, el templo. Por otra parte, Ezequiel conoce muy bien la imperfección de su sistema, que corrige sin cesar, a fin de aproximarlo al ideal que ha vislumbrado. Pero, a pesar de toda su imaginación, no llega a concretar toda la riqueza de las promesas divinas. Se limita a impulsar sus sueños hasta los últimos confines de la utopía, a vaciar a la antigua Palestina de todos sus habitantes, a reagrupar a las doce tribus de Israel según su jerarquía y su dignidad en un país que, desde lejos, se presenta como una montaña de donde han desaparecido los valles. Y allí se queda insatisfecho.

Es que el nuevo Israel, cuya religión tiene que ser interior y personal, no puede ser aquel que Ezequiel está llamado a reconstruir. Por otra parte, ¿cómo concebir un mundo enteramente puro, en donde los hombres conservasen sin embargo la libertad de cometer el mal? Este sueño, por magnífico que sea, sigue estando muy lejos de lo que Dios mismo vendrá a ofrecer a los hombres.

En efecto, jamás nuestro sueño logrará acercarse a la belleza de lo que Dios nos tiene reservado. Entre nuestras esperanzas y la manera con que nos habrá de escuchar el Señor hay una distancia infinita que no podrá nunca colmar la imaginación del hombre, aunque esté inspirado por el Espíritu Santo.

Ezequiel no podía realizar más que una obra provisional, lo mismo que sus predecesores y lo mismo que nosotros, cuando se trata de preparar en la tierra la llegada del reino de Dios.

¡Ojalá nosotros, lo mismo que el gran profeta, no quedáramos nunca satisfechos de nuestros intentos! ¡Ojalá no considerásemos nunca como definitivas ni incluso como duraderas las construcciones cristianas que nos esforzamos en erigir con el tiempo! Por muy sabios que puedan ser nuestros planes, no serán más que dibujos de niños, comparados con el designio del eterno, en el que pueden quizás inspirarse, pero cuya armonía y perfección se nos escapan siempre, hasta que llegue su realización escatológica.

3. Sueños de pureza

La restauración religiosa emprendida por Ezequiel no dejaba de contener una buena dosis de utopía; no es que le faltara espíritu realista, sino que era incapaz de hacer entrar en el tiempo los designios de Dios, que superan siempre todo lo que cabe imaginar y mucho más todo lo que el hombre puede realizar. Para lograrlo, será menester nada menos que la llegada del único que tiene todos los medios a su alcance y que hace germinar ese deseo en el corazón del hombre.

En todo el Antiguo Testamento se palpa una pasión de infinito que va más allá de las posibilidades de realización positiva e histórica. La utopía de Ezequiel, que es la de toda la Biblia, se basa en la promesa de Dios, cuyo cumplimiento se escapa del poder de los hombres. Al menos tiene un valor teológico, en el sentido de que permite descubrir la orientación general de la esperanza y los anhelos profundos de Israel, que permanecerán insatisfechos hasta que venga a colmarlos la iglesia de Cristo.

El carácter utópico de la obra de Ezequiel se debe en gran parte a sus *ansias de pureza*. ¿Habría que atribuirlo a su preocupación de legalismo? En este punto, nuestra sensibilidad moderna se siente un tanto molesta. Evidentemente, Ezequiel, como hemos subrayado, puede ser considerado como el padre del judaísmo, con todas sus innegables grandezas, pero también con sus estrecheces.

Sin embargo, la esclerosis que vendrá a continuación no debe ocultarnos la riqueza de su primera intuición. Si no descubriéramos el valor positivo de sus sueños de pureza, dejaríamos arbitrariamente truncado su mensaje. Mientras que Jeremías no se preocupaba más que del drama interior de Israel, Ezequiel, en medio de los desterrados dispersos, toma conciencia de una realidad nueva: para subsistir, Israel tiene que conservar su carácter propio, que lo distingue de los demás pueblos entre los que se encuentra mezclado; para reconstituirse, es preciso que no se deje asimilar por ellos y que no desaparezca como anegado en su inmensa masa. Si Yahvé sigue poniendo su mano sobre su pueblo diseminado, es para arrancarlo del resto del mundo, para mantenerlo aparte y hacer que algún día pueda renacer.

Es indiscutible que el origen sacerdotal de Ezequiel ejerció una influencia decisiva sobre su pensamiento. Pues bien, una de las tareas esenciales del sacerdote es hacer observar las leyes de la *pureza ritual* (44, 23), aun cuando en la antigua Jerusalén el sacerdocio haya fallado muchas veces en este punto:

«Sus sacerdotes han quebrantado mi ley y profanado mi santuario. No han distinguido entre lo sagrado y lo profano, ni han enseñado a discernir lo puro *de lo impuro*. Han *cerraáo sus ojos* a las violaciones de *mis sábados* y *yo he sido deshonrado* en medio de ellos» (22, 26).

No fue precisamente el profeta el que se apartó en alguna ocasión de la escrupulosa fidelidad a las prescripciones legales. El mismo Yahvé pretende hacerle comer alimentos impuros, pero Ezequiel se permite protestar contra esta orden:

«¡Ah, Señor Yahvé! -exclamé yo-, mira que mi alma no se ha manchado

jamás; no he comido desde mi adolescencia hasta ahora bestia muerta ni despedazada, ni jamás carne impura entró en mi boca» (4, 14).

No es nada extraño que, más aún que sus predecesores, Ezequiel se represente el pecado como una impureza ritual. Isaías lo simbolizaba sobre todo en la sangre derramada; Jeremías, en la mancha contraída por el contacto con los cadáveres; Ezequiel adopta estas dos representaciones. Así es como, para describir la profanación de los lugares de culto, evoca la imagen de los cadáveres:

«Y sabréis que yo soy Yahvé cuando sus cadáveres, atravesados, estén allí en medio de sus ídolos» (6, 13; cf. 43, 9), y que Yahvé, para desacralizar definitivamente su templo, grita a los ejecutores de su justicia:

«Contaminad el santuario y llenad de muertos los atrios» (9, 7).

La sangre derramada simboliza igualmente el pecado, pero sin conservar el matiz moral que le había añadido Jeremías cuando indicaba que se trataba de sangre *inocente*. Ezequiel se atiene estrictamente al sentimiento de repulsa instintiva provocada por la vista de la sangre.

Israel es representado por Ezequiel como una joven, pecadora desde su nacimiento; lo ve al principio como una recién nacida que se debate en medio de su propia sangre, expuesta en medio del campo como un objeto horroroso. Luego Yahvé interviene para purificarla:

«Te lavé con agua, te limpié de tu sangre» (16, 9).

Para librarla de su suciedad, fue necesario que la joven Israel fuera lavada con agua y frotada con sal (16, 4): alusión probable a los ritos de purificación que se practicaban en el templo. En efecto, estos ritos volverán espontáneamente a la memoria del profeta cuando hable de la conversión de su pueblo: Yahvé, prometiendo darle a Israel un corazón nuevo, añade:

«Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos» (36, 25).

Se trata sencillamente de una simple manera de expresarse, que tendría mucho que ver con el ambiente sacerdotal de Ezequiel. La impureza de la mujer, por ejemplo, puede considerarse como un símbolo del pecado de Israel:

«Como la impureza de una mujer menstruante, así era su conducta ante mí» (36, 17).

Pero en ello hay mucho más que un símbolo: el hecho de acercarse a una mujer durante su impureza constituye una verdadera falta, no menor que cualquier otra violación de la ley moral, como atestigua el siguiente pasaje:

«Si un hombre es justo... y no levanta los ojos a los ídolos de Israel; si no deshonor a la mujer de su prójimo, ni se acerca a la mujer menstruante; si no oprime a nadie y devuelve la prenda al deudor...» (18, 5-7; cf. 22, 10).

¿Se da en este caso una confusión insólita entre el orden moral y la pureza ritual? Efectivamente, podría parecer que la religión de Israel tenía que seguir depurándose, para no ofrecer a sus fieles más que exigencias inspiradas en una ética puramente racional.

La verdad es que la Biblia, a pesar de que afirma su función moralizadora, no ha querido limitarse a ella. Tenía además que inculcar al pueblo elegido, y de una forma concreta, el sentimiento de su elección, de su separación de entre todas las naciones que le rodeaban. Con esta preocupación es como hay que buscar

la razón de ser de ese ritualismo que, desde el destierro, se acusa en el judaísmo con un rigor que sentimos la tentación de juzgar excesivo.

Efectivamente, Israel no tiene que parecerse a las demás naciones que adoran a la madera y a la piedra (20,32); a pesar de que viva desterrado, Yahvé sigue manteniendo su mano puesta sobre él, para hacer de él un pueblo nuevo.

Necesita vivir según la ley (20, 11) y tendrá que seguir observando los sábados, «para que quede claro que soy yo, Yahvé, quien los santifica» (20, 12).

Y el resto del mundo no tendrá que ignorar este hecho: «Santificad mis sábados, como señal recíproca para que se sepa que yo, Yahvé, soy vuestro Dios» (20, 20).

Para afirmar su pertenencia exclusiva a Yahvé, los desterrados mostrarán su fidelidad a los sábados, así como a la circuncisión y a las demás costumbres del antiguo Israel; así es como constituirán un pueblo puro, reservado a Yahvé.

Esta pureza con que sueña Ezequiel se extiende, por otra parte, a todo lo que participa del destino de Israel; el país y el templo, concretamente, tienen que separarse de lo demás y dominar todo cuanto existe. Es desde Babilonia desde donde Ezequiel contempla a Jerusalén: la ciudad se le aparece, desde lejos, colocada en medio de las naciones (5, 5). Un nuevo ángulo visual, advirtámoslo, ya que hasta entonces ningún profeta se había visto obligado a mirar desde fuera la tierra santa. Era necesario el destierro para que se tomara así conciencia de esta perspectiva geográfica de Sión, cerrada para el resto del mundo conocido.

¿Tendrá que verse Judea sumergida, entregada a los extranjeros y a los bárbaros, y finalmente profanada (7,22-24)? ¿No se levantará, por el contrario, lo mismo que se levanta una montaña entre las llanuras, a fin de acoger a un pueblo santo, al pueblo puesto aparte por su Dios? Yahvé responde:

«En mi santo monte, en el excelso monte de Israel -dice Yahvé-, me servirá todo el pueblo de Israel, cuantos vivan en el país; allí aceptaré gustosamente y solicitaré vuestras ofrendas, las primicias de vuestros dones, todo cuanto queráis ofrecerme. Os aceptaré gustosamente, como suave perfume, cuando os haya sacado de entre los pueblos y os haya reunido de los países en los cuales os había dispersado. Y manifestaré mi santidad en vosotros ante los ojos de las gentes» (20, 40-41).

Y la imaginación de Ezequiel se detiene con complacencia en este sueño de un mundo completamente puro, que emerge por así decirlo del resto del universo. Y en este mundo santo todo converge hacia la cima que lo domina. Algunos escalones permiten a los fieles alcanzar el recinto sagrado y penetrar, por medio de sus puertas bien guardadas, en el patio exterior; todavía habrá que subir unos pasos más para llegar al patio interior, al que solamente tienen acceso los sacerdotes y los levitas; el mismo príncipe no tiene derecho más que a mirar desde la puerta. En él los sacerdotes van revestidos de hábitos sagrados, que deben dejar cuando salen.

Finalmente, los últimos escalones conducen al santuario propiamente dicho, al *templum* tomado en su primer sentido, al lugar reservado estrictamente a la divinidad, en donde está presente el mismo Yahvé (43, 7), detrás del muro grueso y macizo que no podrán franquear, a excepción de aquel que más tarde será llamado el sumo sacerdote, ni los levitas, ni los sacerdotes, ni nadie. Magnífica ascensión, que es

como la imagen de un mundo que Dios levanta por encima de los pantanos del pecado, para atraerlo hacia las alturas donde él mora.

Es verdaderamente Yahvé el que, desde la cima, lo abraza todo con su mano poderosa; porque, sin su asistencia, Israel no podría hacer otra cosa más que hundirse de nuevo en las profundidades de la impureza. Por consiguiente, si el pueblo elegido está revestido de aquella pureza que lo distingue del resto del mundo, no puede orgullecerse de ello. Para que comprenda que se lo debe sólo a Dios, le basta con acordarse de los tristes tiempos de su infidelidad, que se encarga de recordarle Yahvé:

«Entre todas tus abominaciones y prostituciones, no te acordaste de los días de tu infancia, cuando estabas desnuda y descubierta, agitándote en tu sangre» (16, 22).

Una vez perdonado su pecado, Israel tendrá que seguir todavía enrojeciéndose con el largo rubor de su pasado vergonzoso:

«Recordaréis vuestra perversa conducta y vuestras malas acciones, y sentiréis asco de vosotros mismos a causa de vuestras iniquidades y abominaciones.

¡Avergonzaos, más bien, y abochornaos de vuestra conducta, casa de Israel!» (36, 31-32).

Por eso, en adelante, todas las fiestas de la comunidad irán acompañadas de ritos de expiación, a fin de recordarle sin tregua que el pueblo que suba a la montaña santa no será tanto un mundo puro como un mundo purificado.

Esta separación que aislaba a Israel del resto del universo podía sin duda dar origen a una tentación de complacencia y, a pesar de las recomendaciones de Ezequiel, de orgullo altanero. A continuación, los judíos no dejarán de sucumbir a ella. Esta desviación, que el profeta se empeñó en prevenir, no debe en todo caso hacernos olvidar la gran lección que se desprende de su mensaje.

Abandonarse en manos de Dios es subir a la montaña santa, elevarse poco a poco por encima de las ruindades humanas, sin perder por ello el recuerdo de los propios pecados. Es igualmente comprender que no le toca al «elegido» bajar hacia el mundo, sino al mundo subir hacia el elegido.

¿Habrà para la iglesia de Cristo alguna otra forma de asumir y de salvar el universo?

4. Obsesión por la gloria de Yahvé

La elección se ve así confirmada y renovada. Aparte de la tentación de orgullo que podría inspirar a Israel semejante privilegio, a pesar de que conserve la conciencia de su pasado miserable y de la gracia que se le ha concedido, ¿no correrá el riesgo de encerrarse en un puritanismo estrecho, de pretender vivir replegado sobre sí mismo y para él sólo, sin ninguna consideración con el resto del universo? El profeta del destierro, gracias a su sana teología, evitará semejante escollo. Efectivamente, comprende que la historia de Israel no es un término en el que todo se detiene, sino que se inserta en otra historia que engloba a la humanidad entera.

Si Yahvé interviene en favor de su pueblo, es únicamente para la gloria de su nombre. ¿No fue ya precisamente para que ese nombre no quedara deshonrado ante los ojos de las naciones, por lo que hizo salir de Egipto a Israel y por lo que, a pesar de sus rebeldías, no lo exterminó por la ruta del desierto? (20,9 y 14). Si todavía hoy Dios se esfuerza en restablecerlo, es también para que su nombre sea santificado, ya que los israelitas no tienen ningún título que hacer valer ante él, por no ser más que pecado y corrupción (20, 44).

Israel no ha recibido su privilegio más que para servir a Yahvé. Entonces ha de cargar con la pesada responsabilidad de manifestar ante el mundo la gloria de su Dios.

idea no es nueva; en efecto, todos los profetas han intentado convencer a Israel de que estaba al servicio de Yahvé y de que Yahvé no estaba de ningún modo a disposición de su pueblo. Por otra parte, algunos no habían dejado de observar que, si la elección divina había recaído libremente sobre Israel, el destino del pueblo afectaba también de una manera o de otra al resto del mundo. Jeremías, en concreto, había presentido que la experiencia de Judá no era indiferente a la suerte de las naciones vecinas. Aunque observaba desde dentro el drama de Israel, el profeta de Anatot tuvo la impresión de que el mundo entero gravitaba, en torno a aquel drama; por eso mismo, su mensaje, dirigido a Israel, valía también para todos los pueblos. Recordémoslo: Jeremías, encargado de anunciar la muerte y la restauración de su pueblo, había sido establecido desde el comienzo de su ministerio «sobre las naciones y los reinos, para arrancar y plantar, destruir y edificar» (Jr 1, 10).

Sería injusto esperar esta misma profundidad de ideas en un profeta que considera los acontecimientos desde fuera y, lo que es peor, desde una tierra de destierro. Pero si Ezequiel no siente que Israel arrastra tras de sí al universo entero hacia la muerte o la vida, está por el contrario mejor situado para percibir la reacción de las naciones extranjeras ante la caída de Jerusalén. Ha experimentado, al menos tanto como los demás deportados, el desprecio del vencedor y la vergüenza de la derrota. Basta notar con cuánta insistencia habla del oprobio al que está destinada la nación pecadora, para oír el eco de su dolor personal. Sin embargo, no era solamente el patriota el que sufría en él. Sea cual fuere la herida de su orgullo nacional, el creyente se sentía aún más desolado al pensar que la catástrofe afectaba incluso a la gloria de Yahvé:

«Cargaré con tu propia deshonra a los ojos de las naciones» (22, 16).

En efecto, es inevitable que la derrota comprometa también al ideal por el que se combate. Que Yahvé había querido mostrar a los israelitas cómo su causa no estaba ligada a la de ellos, era algo que podía comprenderse en el seno del propio Israel. Pero ¿cómo iban las demás naciones a atribuir las desgracias de Judá a la venganza de su Dios?

Israel, por lo que a él se refería, no debía engañarse sobre la causa real de sus males. Los profetas, con sus sucesivas amenazas, le habían hecho demasiado familiar su explicación: Yahvé golpea duramente a su pueblo obstinado, para obligarle a reconocer su mano justiciera. Ezequiel se encarga, a su vez, de no dejar que se entibie este tema:

«Sabrán que yo, Yahvé, con pasión había hablado, cuando desahogué en ellos mi furor» (5, 13).

Y que los desterrados no cedan a la ilusión que les haría ver de lejos, bajo una forma idílica, la patria perdida. Para preservarles de ello y mantenerlos en la clara visión de la realidad, Yahvé les enviará a Babilonia unos testigos irrecusables, que se han escapado del desastre; ellos les relatarán todas las abominaciones en las que se obstina Jerusalén, y los desterrados no se engañarán ya sobre el sentido del castigo divino:

«Dejaré, sin embargo, supervivientes que pondrán a salvo hijos e hijas. Y vendrán donde vosotros, para que conozcáis su conducta y sus obras y os consoléis de los males que yo he mandado contra Jerusalén» (14, 22).

Que los deportados no lloren por la suerte del reino; la venganza de Yahvé está más que justificada. Pero las otras naciones, a su vez, tienen que enterarse de lo que se trata. Yahvé quiere que sepan quién es el

que ha encendido ese fuego devastador e inextinguible (21, 4). Por eso les enviará también a ellas algunos testigos:

«Sin embargo, todavía preservaré a algunos de ellos de la espada, del hambre y de la peste, para que cuenten todas sus abominaciones entre las gentes donde sean dispersados. Y sabrán que yo soy Yahvé» (12,16).

A pesar de todo, el espectáculo de la humillación de la nación criminal no puede bastar para revelar a los pueblos extranjeros el sentido verdadero de la tragedia. Una prueba de ello la podemos encontrar en la actitud de las naciones vecinas de Judá: ¿no manifestaron acaso una alegría indecente, cuando vieron profanado el santuario de Yahvé? (25, 3-6). Se burlan de las antiguas pretensiones de Sión: he aquí que ahora la orgullosa ciudad de David y la casa de Judá se ven reducidas a compartir la suerte de las demás naciones (25, 8). Por otra parte, ¿cómo iban a olvidar que Jerusalén y Samaría pretendían reducirlas, tal como había hecho David, a vasallaje a todas ellas: Amón, Moab, Edom, Fihstea? Por eso mismo saludaban con un gozo salvaje la hora de la revancha:

«Edom ha ejercido cruelmente la venganza contra la casa de Judá» (25, 15).

Se piensa ciertamente que algunos intentaban sacar de aquella situación alguna ventaja más sustancial que la satisfacción de sus viejos rencores. Edom, entre otras cosas, no sintió ninguna repugnancia en disputarse los despojos. Yahvé se lo reprocha con dureza:

«Por haber dicho: 'Las dos naciones (Judá y Samaría), los dos países son míos; los poseeré en herencia'... Yo he oído todos los ultrajes que lanzabas contra los montes de Israel, cuando decías: 'Están devastados, nos han sido dados como presa'» (35,10-12).

Pero es precisamente lo que no puede admitir Yahvé: nadie tiene derecho a sacar ventaja de las desgracias que él inflige a su pueblo, puesto que nadie, y menos aún los antiguos enemigos de Israel, debe triunfar en su lugar. Su mano se abatirá con dureza sobre su orgullo y su rapacidad:

«Cuando yo haya ejecutado mis juicios con todas las gentes de los alrededores, que los desprecian, sabrán que yo, Yahvé, soy su Dios» (28, 26).

Ningún profeta había dejado de escribir un libro contra las naciones extranjeras después de escribir sus amenazas contra el pueblo elegido. Sean cuales fuesen sus razones, todos concluían con la afirmación de que Israel no moriría solo.

Si, en Amos, Yahvé destruía todos los pequeños estados circundantes, era para obligar a Israel, sin escapatoria posible, a encontrarse con él cara a cara. Isaías declaraba destinadas a la ruina a las naciones que se enorgullecían del papel que representaban en el castigo de Judá, incluso aquellas de las que Israel esperaba ayuda, en vez de someterse al juicio de su Dios. Jeremías, aunque confusamente, veía cómo desaparecía el mundo al mismo tiempo que Israel y alrededor de él.

Para Ezequiel, la muerte de las naciones es necesaria, ya que así es como se manifestará la gloria de Yahvé. Si sobreviviesen a la destrucción de la ciudad santa, ¿cuál no sería su orgullo y cómo se burlarían de Sión y al mismo tiempo de su Dios? Para que la gloria divina no se vea menoscabada en lo más mínimo, el mundo viejo estará por tanto condenado a desaparecer:

«Para que ningún árbol plantado al borde del agua se engría por su altura...; pues todos ellos están destinados a la muerte, a la morada subterránea, entre los hijos del hombre, entre los que bajan a la fosa» (31, 14).

Ninguna de esas naciones excita tanto la irritación de Ezequiel como Tiro. El gran puerto fenicio había rechazado durante trece años consecutivos los furiosos asaltos de los babilonios, demostrando que era posible, si no resistir victoriosamente contra Nabucodonosor, al menos detener su ímpetu. Mientras los asaltantes sudaban en su esfuerzo, ¿cuál no debería ser la humillación de los judíos, al pensar que Jerusalén no había podido prolongar su resistencia más allá de unos cuantos meses? Sin contar con que el encarnizamiento de los tirios corría el peligro de suscitar y de mantener las esperanzas más vanas en el corazón de los desterrados. Más que la actitud de los demás vecinos de Judá, la obstinación de Tiro se convertía para Israel en «espina que hierde y zarza que desgarr» (28, 24).

Ezequiel dedica nada menos que cuatro poemas a derramar su cólera contra Tiro. Para ello despliega una inspiración de que se aprovecha su genio poético:

¿Acaso se cree Tiro un dios? No hay ninguno capaz de resistir a los mandatos de Yahvé:

«Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro:

'Así habla el Señor Yahvé:

Tu corazón se ha enorgullecido y has dicho: Un dios soy yo, en la morada de un dios habito, en medio del mar'.

Tú, que eres un hombre y no un dios,

has equiparado tu corazón al corazón de Dios» (28, 2).

Pero cuanto más pretenda la ciudad soberbia elevarse por encima del universo, más clamorosa será su caída:

*«Tú eras el dechado de la perfección, lleno de sabiduría y de espléndida belleza.
En el Edén, jardín de Dios, vivías. Como un querubín protector,
yo te había puesto en el monte santo de Dios, y caminabas entre brasas ardientes.
Yo te he arrojado del monte de Dios y te he exterminado,
oh querubín protector, de entre las brasas ardientes.
Tu corazón se había engrdeído por tu belleza.
Tu sabiduría estaba corrompida por tu esplendor.
Y yo te he derribado en tierra
y te he presentado como espectáculo a los reyes» (28, 12-17).*

Y el mundo, que se asombraba de la orgullosa defensa de Tiro, será también testigo de su ruina y verá cómo se derrumban al mismo tiempo las esperanzas que albergaba de sacudir su yugo:

*«Al estruendo de tu desplome,
al gemido de tus heridas,
cuando la carnicería hierva en medio de ti,
¿no temblarán las islas?
Bajarán de sus tronos los príncipes del mar,
se quitarán sus mantos
y se despojarán de sus vestiduras recamadas;
se vestirán de luto, se sentarán en tierra,
sufrirán incesantes temblores
y estarán consternados por ti» (26,15-16).*

Por otra parte, las profecías de Ezequiel contra Tiro no se realizarán inmediatamente, pero el plazo que concedió la historia a su destrucción no debilita en lo más mínimo el veredicto del profeta:

las naciones no escaparán a la suerte de Jerusalén. Y es que todas las grandezas humanas, por su naturaleza, están destinadas a la muerte.

Ezequiel pronuncia la misma condenación contra la única potencia capaz de oponerse con eficacia a los imperios mesopotámicos, el Egipto de los faraones. El imperio del Nilo, que en las horas desesperadas de su historia había ejercido sobre Palestina y los estados vecinos una atracción irresistible, no ha dejado de apartar al pueblo de Dios de su único recurso infalible: el recurso a Yahvé. Incluso ahora, mientras no quede abatido el faraón, los israelitas albergan la secreta y falaz esperanza de levantarse gracias a su apoyo, ya que les costaba mucho trabajo convencerse de que su caída era definitiva. Por eso, el profeta les recuerda cómo desde siempre había sido ilusoria la ayuda de Egipto:

«Porque has sido un báculo de caña para la casa de Israel.
Cuando se apoyaban en ti,
te hacías pedazos y hacías vacilar sus caderas» (29, 6-7).

Luego, para disipar esa tenaz ilusión, Yahvé entregará a Egipto en manos de Nabucodonosor, que encontrará de este modo una compensación a sus largos e inútiles intentos contra Tiro (29, 20).

Por consiguiente, está equivocado el faraón al creerse seguro detrás de los pantanos del delta:

«Así habla el Señor Yahvé:

Aquí estoy contra ti, faraón, rey de Egipto, cocodrilo gigante, recostado en medio de tus ríos,
tú que has dicho: 'Mis Niños son míos, yo me los he hecho'.

Yo te pondré garfios en las quijadas,
pegaré a tus escamas los peces de tus Nilos,
de en medio de tus Nilos te sacaré
con todos los peces de tus ríos pegados a tus escarbas» (29, 3-4).

Aquel en quien las naciones amenazadas veían su última oportunidad de salvación perecerá finalmente, y la tierra entera se cubrirá de luto por ello, los cielos se oscurecerán, las nubes ocultarán el sol y la luna se quedará sin claridad (32, 7):

«Por ti llenaré de terror a muchos pueblos,
y sus reyes, por tu causa, se estremecerán de espanto,
cuando yo blanda mi espada ante ellos;
sin tregua temblarán por su propia vida,
el día de tu caída» (32, 10).

Así las naciones sabrán por qué Yahvé ha castigado a Israel y qué es lo que cuesta estar al acecho, como chacales, esperando el instante de despedazar su cadáver o de llevar su orgullo hasta fiarse de sus propias fuerzas humanas y creerse capaces de hacer frente a Babilonia: Yahvé hará compartir la suerte de su pueblo a todas ellas. El atentado cometido contra la gloria de Yahvé encontrará así una primera reparación; pero ésta sería por sí sola incompleta, ya que destruir no es suficiente. Yahvé reconstruirá, para que por todas partes sea «santificado» su nombre:

«Sabrán las naciones que yo soy Yahvé...
cuando me glorifique en vosotros
a la vista de ellos» (36, 23).

Cuando Israel, en su renovación, vuelva a instalarse en Sión, entonces quedará también mejor afirmada ante los ojos del universo la gloria de Yahvé:

«Sobre ellos estableceré mi morada;
seré su Dios y ellos serán mi pueblo.
Y sabrán las gentes que yo soy Yahvé...,
cuando mi santuario esté en medio de ellos por siempre» (37, 27-28).

Por lo menos, habrán acabado los equívocos sobre la caída de Jerusalén y el misterio quedará definitivamente aclarado:

«Entonces las naciones que queden a vuestro alrededor sabrán que yo,
Yahvé, he reedificado lo que estaba destruido y he replantado lo que estaba
asolado» (36, 36).

Sin embargo, esta restauración de Israel no cura todavía las heridas abiertas en el corazón de Ezequiel. Nada, al parecer, puede distraerle de su obsesión: aun así, la gloria de Yahvé no habrá sido restablecida todavía en su totalidad. Los acontecimientos históricos no son más que acontecimientos que se localizan estrictamente en el tiempo; si aportan alguna compensación y restablecen cierto equilibrio, no logran colmar la ofensa hecha al nombre divino. Para que la reparación sea total, es menester que todo el pasado sea reasumido, recapitulado y condensado, por así decirlo, en un momento único, en donde sea vivido de nuevo, con el esplendor glorioso que debería haber sido el suyo.

Es aquí donde por primera vez en la literatura inspirada entran en juego las visiones apocalípticas. El último día, volverá a jugarse toda la historia del pueblo elegido. Este epílogo, del que Ezequiel nos ofrece, golpe tras golpe, dos esbozos distintos, nos muestra cómo Yahvé manifestará plena y definitivamente su gloria al universo. Cuando Jerusalén restaurada goce de paz en la montaña santa, he aquí que todas las fuerzas del mundo se coaligarán para poner sitio a Sión. Efectivamente, en contra de Israel sin defensa alguna acudirá, al frente de tropas innumerables, Gog, el rey de Magog.

Los antiguos profetas habían anunciado que Palestina sería invadida por el norte; pero sólo se trataba de Asiría y de Babilonia. Ahora es de las regiones más alejadas del septentrión, de los límites extremos del mundo conocido, de donde vendrán las olas de la terrible tempestad, cuya violencia sobrepujará, sin comparación posible, las que habían lanzado contra la ciudad santa los Senaquerib o los Nabucodonosor. Y para los sitiados no quedará ya la menor esperanza humana; no habrá más salvación que en una fidelidad total a Yahvé, que se ofrece en medio de la desnudez como el único remedio frente al desencadenamiento de todas las potencias del mal.

Entonces intervendrá, repentina y formidable, la fuerza invencible de Yahvé, como en los tiempos antiguos, cuando, en medio del huracán y de los relámpagos, sembraba el pánico en los ejércitos enemigos. Desde la esclavitud en Egipto hasta los combates de Josué, desde las victorias de los jueces hasta los desastres recientes, se resume aquí toda la epopeya de Israel, para recibir su conclusión más solemne:

«Pero aquel día, cuando Gog llegue a la tierra de Israel, declara el Señor Yahvé, mi ira explotará y, en mi celo, en el ímpetu de mi furor, lo aseguro, aquel día habrá una gran agitación en la tierra de Israel... Todos los hombres de sobre la haz de la tierra temblarán ante mí. Se hundirán los montes... Convocaré contra él (contra Gog) terrores de todas clases... Haré con él justicia mandándole peste y sangre; haré caer una lluvia torrencial, con granizo, fuego y azufre sobre él, sobre sus huestes y sobre los numerosos pueblos que lo acompañan.

Así manifestaré mi grandeza y mi santidad, me daré a conocer a los ojos de muchos pueblos, y sabrán que yo soy Yahvé» (38, 18-24).

Todo el pasado, revivido de este modo en la gloria de un solo y supremo acontecimiento, adquiere una amplitud prodigiosa. Después de haber desarrollado las imágenes de paz universal ya esbozadas por Isaías y los salmistas, la visión de Ezequiel acaba con el cuadro dantesco de un montón de armas que serán precisos siete años para quemar y de un montón de cadáveres de los que nunca se consigue purificar la tierra.

No cabe duda de que, a pesar del esfuerzo de su imaginación, Ezequiel no acaba de sentirse satisfecho del fresco inmenso que acaba de pintar. Indudablemente, la irradiación de la gloria de Yahvé tendrá un esplendor muy distinto, que el profeta renuncia desesperado a describir con imágenes y palabras. Impotente para proseguir adelante en su sueño, se detiene falto de aliento.

Ezequiel desea, con un anhelo violento y enloquecido, la gloria de Yahvé. Ese anhelo quedará incluido en la oración por excelencia, en la oración en que Jesús resume todas las aspiraciones que han de llenar el corazón de sus discípulos: «¡Santificado sea tu nombre!». ¿Qué otra cosa es lo que quiere enseñarnos Cristo, sino que la persona escogida por Dios no compromete solamente en su comportamiento su pequeña y ridícula personalidad, sino la gloria misma del nombre divino? Nuestras faltas, nuestros pecados, nuestros fracasos, atentan contra ella.

«Vosotros me quitáis la honra a mí» (Jn 8, 49), dirá Jesús a su vez a los fariseos de Jerusalén. Y para compensar este atentado contra Dios y reparar estas faltas, se necesitará nada menos que aquel *sacrificio* por excelencia en el que se recapitula todo el drama humano y culmina el destino de Cristo.